

CAPÍTULO 11. ORACIONES RESPONDIDAS

En el capítulo quince de Juan y el versículo siete, encontramos quiénes tienen sus oraciones respondidas: «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7). Ahora en el capítulo cuatro de Santiago, en el versículo tres, encontramos algunos de quienes se dice que sus oraciones no fueron respondidas: «Pedís, y no recibís, porque pedís mal» (Santiago 4:3). Hay muchas oraciones que no son respondidas porque no hay el motivo correcto; no hemos cumplido con la Palabra de Dios; pedimos mal. Es algo bueno que nuestras oraciones no sean respondidas cuando pedimos mal.

Si nuestras oraciones no son respondidas, puede ser que hayamos orado sin el motivo correcto; o que no hayamos orado conforme a las Escrituras. Así que no nos desanimemos, ni dejemos de orar, aunque nuestras oraciones no sean respondidas en la forma que queremos.

Un hombre fue una vez a George Muller y le dijo que quería que orara por cierta cosa. El hombre declaró que le había pedido a Dios muchísimas veces que le concediera su petición, pero que Él no había visto conveniente hacerlo. El Sr. Muller sacó su libreta y le mostró al hombre el nombre de una persona por quien, dijo, había orado durante veinticuatro años. La oración, añadió el Sr. Muller, aún no había sido respondida; pero el Señor le había dado la seguridad de que esa persona iba a ser convertida, y su fe descansaba allí.

A veces encontramos que nuestras oraciones son respondidas de inmediato mientras estamos orando; en otras ocasiones la respuesta se demora. Pero especialmente cuando los hombres oran por misericordia, ¡cuán rápidamente viene la respuesta! Miren a Pablo, cuando clamó: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 9:6). La respuesta vino de inmediato. Luego el publicano que subió al templo a orar: recibió una respuesta inmediata. El ladrón en la cruz oró: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino» (Lucas 23:42), y la respuesta vino inmediatamente, entonces y allí. Hay muchos casos semejantes en la Biblia, pero también hay otros que oraron mucho tiempo y con frecuencia. El

Señor se deleita en oír a Sus hijos hacer sus peticiones conocidas ante Él, contándole todas sus aflicciones; y luego debemos esperar Su tiempo. No sabemos cuándo es.

Había una madre en Connecticut que tenía un hijo en el ejército, y casi le partió el corazón cuando él se fue, porque no era cristiano. Día tras día elevaba su voz en oración por su muchacho. Después supo que había sido llevado al hospital, y allí había muerto, pero no pudo averiguar nada sobre cómo había muerto. Pasaron los años, y un día un amigo vino a ver a algún miembro de la familia por negocios. Había un retrato del joven soldado en la pared. Él lo miró y dijo: «¿Conoció usted a ese joven?» La madre dijo: «Ese joven era mi hijo. Murió en la última guerra». El hombre respondió: «Lo conocí muy bien; estaba en mi compañía». La madre entonces preguntó: «¿Sabe usted algo sobre su final?» El hombre dijo: «Yo estaba en el hospital, y él murió una muerte muy pacífica, triunfante en la fe». La madre había abandonado la esperanza de oír algo de su muchacho; pero antes de partir de este mundo tuvo la satisfacción de saber que sus oraciones habían prevalecido ante Dios.

Creo que encontraremos muchas de nuestras oraciones que pensamos que no fueron respondidas, respondidas cuando lleguemos al cielo. Si es la verdadera oración de fe, Dios no nos decepcionará. No dudemos de Dios. En una ocasión, en una reunión a la que asistí, un caballero señaló a un individuo y dijo: «¿Ve usted a ese hombre allí? Ese es uno de los líderes de un club de infieles». Me senté junto a él, cuando el infiel dijo: «No soy cristiano. Usted ha estado engañando a esta gente por mucho tiempo, y haciendo que algunas de estas viejas mujeres crean que usted recibe respuestas a sus oraciones. Pruébelo conmigo». Oré, y cuando me levanté, el infiel dijo con mucho sarcasmo: «No estoy convertido; ¡Dios no ha respondido su oración!» Yo dije: «Pero usted puede ser convertido todavía». Algún tiempo después recibí una carta de un amigo, diciendo que él se había convertido y estaba trabajando en las reuniones.

Jeremías oró y dijo: «¡Ah, Señor Dios! He aquí que Tú hiciste el cielo y la tierra con Tu gran poder y con Tu brazo extendido, y nada hay difícil para Ti» (Jeremías 32:17). Nada es demasiado difícil para Dios; esa es una buena cosa

para tomar como lema. Creo que este es un tiempo de gran bendición en el mundo, y podemos esperar grandes cosas. Mientras la bendición cae a nuestro alrededor, levantémonos y participemos de ella. Dios ha dicho: «Invócame, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3). Ahora invoquemos al Señor; y oremos para que sea hecho por amor de Cristo, no por nosotros mismos.

En una convención cristiana hace varios años, un hombre prominente se levantó y habló, siendo su tema «Por amor de Cristo», y arrojó nueva luz sobre ese pasaje. Nunca lo había visto de esa manera antes. Cuando estalló la guerra, el hijo único del caballero se había alistado, y nunca veía una compañía de soldados sin que su corazón saliera tras ellos. Comenzaron un Hogar para Soldados en la ciudad donde vivía ese caballero, y él gustosamente entró en el comité y actuó como Presidente. Algún tiempo después dijo a su esposa: «He dado tanto tiempo a estos soldados que he descuidado mi negocio», y bajó a su oficina con la firme determinación de que no sería molestado por ningún soldado ese día. La puerta se abrió poco después, y vio a un soldado entrando. No le prestó atención, sino que siguió escribiendo; y el pobre hombre permaneció de pie por algún tiempo. Por fin el soldado dejó un viejo y sucio pedazo de papel en el que había escritura. El caballero observó que era la letra de su hijo, y tomó la carta de inmediato y la leyó. Decía algo como esto: «Querido padre, este joven pertenece a mi compañía. Ha perdido la salud en defensa de su país, y está en camino a su hogar para morir junto a su madre. Trátalo con bondad por amor de Charlie». El caballero dejó inmediatamente su trabajo y llevó al soldado a su casa, donde fue cuidado amablemente hasta que pudo ser enviado a su madre; entonces lo llevó a la estación y lo envió a casa con un: «¡Dios te bendiga, por amor de Charlie!»

Que nuestras oraciones, entonces, sean por amor de Cristo. Si queremos que nuestros hijos e hijas sean convertidos, oremos para que sea hecho por amor de Cristo. Si ese es el motivo, nuestras oraciones serán respondidas. Si Dios entregó a Cristo por el mundo, ¿qué no nos dará? Si dio a Cristo a los asesinos y blasfemos, y a los rebeldes de un mundo sumido en la maldad y el pecado, ¿qué no daría a aquellos que van a Él por amor de Cristo? Que nuestra oración sea que

Dios avance Su obra, no para nuestra gloria, no por nuestro bien, sino por amor de Su amado Hijo a quien Él ha enviado.

Recordemos, entonces, que cuando oramos debemos esperar una respuesta. Estemos buscándola. Recuerdo que al cierre de una reunión en una de nuestras ciudades del sur, cerca del final de la guerra, un hombre se me acercó llorando y temblando. Pensé que algo que yo había dicho lo había perturbado, y comencé a preguntarle qué era. Encontré, sin embargo, que no podía decir una palabra de lo que yo había dicho. «Amigo mío», le dije, «¿cuál es el problema?» Él metió la mano en el bolsillo y sacó una carta, toda manchada, como si sus lágrimas hubieran caído sobre ella. «Recibí esta carta», dijo, «de mi hermana anoche. Me dice que cada noche se arrodilla y ora a Dios por mí. Creo que soy el peor hombre en todo el Ejército de Cumberland. He estado completamente angustiado hoy». Esa hermana estaba a seiscientas millas de distancia, pero había traído a su hermano de rodillas en respuesta a su oración ferviente y creyente. Era un caso difícil, pero Dios escuchó y respondió la oración de esta piadosa hermana, de modo que el hombre era como arcilla en las manos del alfarero. Pronto fue traído al Reino de Dios, todo a través de las oraciones de su hermana.

Me fui unas treinta millas a otro lugar, donde conté esta historia. Un joven, teniente del ejército, se puso de pie de un salto y dijo: «Eso me recuerda la última carta que recibí de mi madre. Me decía que cada noche, al ponerse el sol, oraba por mí. Me rogaba que, cuando recibiera su carta, me apartara a solas y me rindiera a Dios. Puse la carta en mi bolsillo, pensando que habría mucho tiempo». Continuó diciendo que la siguiente noticia que llegó de casa fue que esa madre había muerto. Salió solo al bosque y clamó al Dios de su madre para que tuviera misericordia de él. Mientras estaba de pie en la reunión con el rostro resplandeciente, aquel teniente dijo: «Las oraciones de mi madre son respondidas; y mi único pesar es que ella no vivió para saberlo; pero me reuniré con ella más tarde». Así que, aunque no vivamos para ver la respuesta a nuestras oraciones, si clamamos poderosamente a Dios, la respuesta vendrá.

En Escocia, hace bastantes años, vivía un hombre con su esposa y tres hijos: dos niñas y un niño. Tenía la costumbre de emborracharse y así perder su

empleo. Por fin dijo que tomaría a Johnnie y se iría a América, donde estaría lejos de sus viejos compañeros y donde podría comenzar la vida de nuevo. Tomó al pequeño, de siete años, y se fue. Poco después de llegar a América, entró en una taberna y se emborrachó. Se separó de su niño en las calles, y nunca más ha sido visto por sus amigos desde entonces. El pequeño fue colocado en una institución y después puesto como aprendiz en Massachusetts. Después de estar allí algún tiempo, se volvió descontento y se fue al mar; finalmente vino a Chicago para trabajar en los lagos. Había sido un espíritu vagabundo, había ido por mar y tierra, y ahora estaba en Chicago. Cuando el barco llegó al puerto, en una ocasión, fue invitado a una reunión evangélica. El gozoso sonido del Evangelio lo alcanzó, y se hizo cristiano.

Después de ser cristiano por un tiempo, se volvió muy ansioso por encontrar a su madre. Escribió a diferentes lugares en Escocia, pero no pudo averiguar dónde estaba ella. Un día leyó en los Salmos: «Ninguna cosa buena negará a los que andan en integridad» (Salmo 84:11). Cerró su Biblia, se arrodilló y dijo: «Oh Dios, he estado tratando de caminar en integridad durante meses pasados; ayúdame a encontrar a mi madre». Le vino a la mente escribir de vuelta al lugar en Massachusetts del cual se había escapado años antes. Resultó que una carta de Escocia lo había estado esperando allí durante siete años. Escribió de inmediato al lugar en Escocia y encontró que su madre aún vivía; la respuesta vino de inmediato. Me hubiera gustado que lo vieran cuando recibió esa carta. Me la trajo; y las lágrimas fluían tan abundantemente que apenas podía leerla. Su hermana había escrito en nombre de la madre; ella había sido tan superada por las noticias de su hijo largamente perdido que no podía escribir.

La hermana dijo que durante todos los diecinueve años que él había estado ausente, su madre había orado a Dios día y noche para que él fuera salvo, y que ella viviera para saber qué había sido de él y verlo una vez más. Ahora, dijo la hermana, ella estaba tan sobrecogida de gozo, no solo porque él estaba vivo, sino porque se había hecho cristiano. No pasó mucho tiempo antes de que la madre y las hermanas vinieran a Chicago para encontrarse con él.

Menciono este incidente para mostrar cómo Dios responde la oración. Esta madre clamó a Dios durante diecinueve largos años. Debe haberle parecido a veces como si Dios no tuviera la intención de darle el deseo de su corazón; pero ella siguió orando, y al final la respuesta llegó. El siguiente testimonio personal fue dado públicamente en una de nuestras reuniones celebradas recientemente en Londres, y puede servir para ayudar y animar a los lectores de estas páginas.

TESTIMONIO DE UNA REUNIÓN DE ORACIÓN

«Quiero que entiendan, mis amigos, que lo que declaro no es lo que yo hice, sino lo que Dios hizo. ¡Solo Dios pudo haberlo hecho! Lo había dado por perdido mucho antes. Pero es por la gran misericordia de Dios que estoy aquí esta noche para decirles que Cristo es poderoso para salvar hasta lo sumo a todos los que vienen a Dios por medio de Él».

«La lectura de esas "peticiones" (por la salvación de los bebedores) me conmovió muy profundamente. Parecían ser un eco de muchas peticiones de oración que se han hecho por mí. Y, por mi conocimiento de la sociedad en general, y de la naturaleza humana, sé que en un gran número de familias hay necesidad de alguna petición semejante.

»Por tanto, si lo que voy a contarles alegrará algún corazón cristiano, animará a algún padre o madre piadosos a seguir orando por sus hijos, o ayudará a algún hombre o mujer que se haya sentido más allá del alcance de la esperanza, daré gracias a Dios por ello.

»Tuve muy buenas oportunidades. Mis padres amaban al Señor Jesús, e hicieron todo lo posible por criarme en el camino correcto; y durante algún tiempo pensé que yo mismo llegaría a ser cristiano. Pero me aparté de Cristo, y me alejé cada vez más de Dios y de toda buena influencia.

»Fue en una escuela pública donde aprendí por primera vez a beber. Muchas veces, a los diecisiete años, bebía en exceso, pero tenía un grado de amor propio que me impidió irme completamente al abismo hasta los veintitrés años aproximadamente; pero desde entonces hasta los veintiséis, fui decayendo constantemente. En Cambridge continué avanzando cada vez más en la bebida,

hasta que perdí todo amor propio, y voluntariamente escogí a los peores compañeros.¹ Me alejé cada vez más de Dios, hasta que mis amigos, tanto los que eran cristianos como los que no lo eran, consideraron y me dijeron que había muy poca esperanza para mí. Habían suplicado conmigo toda clase de personas, pero yo "aborrecía la reprensión". Odiaba todo lo que oliera a religión, y me burlaba de todo buen consejo o palabra amable que se me ofreciera en ese sentido.

»Mi padre y mi madre murieron ambos sin verme traído al Señor. Oraron por mí todo el tiempo que vivieron, y en los últimos momentos mi madre me preguntó si no la seguiría para estar con ella en el cielo. Para calmarla y tranquilizarla, le dije que sí. Pero no lo decía en serio; y pensé que, cuando ella hubiera fallecido, sabría ahora mis verdaderos sentimientos. Después de su muerte, fui de mal en peor, y me hundí cada vez más profundamente en el vicio. La bebida se apoderó de mí con más fuerza, y descendí más y más. Nunca estuve "en la cuneta", en la acepción en que generalmente se entiende ese término; pero mi alma estaba tan baja como la de cualquier hombre que vive en una de las casas de hospedaje comunes.

»Fui de Cambridge primero a una ciudad del norte, donde trabajé como aprendiz de un procurador; y luego a Londres. Mientras estaba en el norte, los señores Moody y Sankey llegaron a la ciudad donde yo vivía; y una tía mía que todavía seguía orando por mí después de la muerte de mi madre, vino y me dijo: "Tengo un favor que pedirte". Había sido muy amable conmigo, y yo sabía lo que quería. Ella dijo: "Es que vayas a oír a los señores Moody y Sankey". "Muy bien", le dije; "es un trato. Iré a oír a esos hombres; pero nunca volverás a pedírmelo. ¿Lo prometes?" "Sí", dijo ella, "lo prometo". Fui, y cumplí, según pensé, muy religiosamente mi parte del trato.

»Esperé hasta que el sermón terminó, y vi al señor Moody bajar del púlpito. Se había ofrecido una oración ferviente por mí, y había habido un entendimiento entre mi tía y él de que el sermón se aplicaría a mí, y de que él vendría a hablarme inmediatamente después. Nos encontramos con el señor Moody en el pasillo, y

pensé que había hecho algo muy astuto cuando rodeé a mi tía, antes de que el señor Moody pudiera dirigirse a mí, y salí del edificio.

»Vagué más lejos de Dios después de eso; y no creo que haya doblado mis rodillas en oración durante entre dos y tres años. Fui a Londres, y las cosas empeoraron cada vez más. A veces intentaba refrenarme. Hice muchísimos propósitos. Me prometí a mí mismo y a mis amigos no tocar la bebida. Cumplí mis propósitos durante algunos días, y, en una ocasión, durante seis meses; pero la tentación llegaba con más fuerza que nunca, y me arrastraba cada vez más lejos del camino de la virtud. Cuando estaba en Londres, descuidé mi negocio y todo lo que debía haber hecho, y me hundí más profundamente en el pecado.

»Uno de mis compañeros de parranda me dijo: "Si no te refrenas, te matarás". "¿Cómo es eso?", le pregunté. "Te estás matando, porque ya no puedes beber tanto como solías". "Bueno", respondí, "entonces no puedo evitarlo". Llegué a tal estado que no pensaba que hubiera ninguna ayuda posible para mí.

»El relato de estas cosas me duele; y mientras las cuento, Dios no permita que sienta otra cosa que no sea vergüenza. Les cuento estas cosas porque tenemos un Salvador; y si el Señor Jesucristo salvó incluso a alguien como yo, Él también es capaz de salvarles a ustedes.

»Los asuntos continuaron de esta manera hasta que, al final, perdí todo control sobre mí mismo.

»Había estado bebiendo y jugando al billar un día, y por la noche regresé a mi alojamiento. Pensé que me sentaría allí un rato, y luego saldría de nuevo, como de costumbre. Antes de salir, comencé a reflexionar, y me vino el pensamiento: "¿Cómo terminará todo esto?" "Oh", pensé para mí mismo, "¿de qué sirve eso? Sé cómo terminará: en mi eterna destrucción, ide cuerpo y alma!" Sentía que me estaba matando: mi cuerpo; y sabía demasiado bien cuál sería el resultado para mi alma. Pensé que era imposible que yo fuera salvo. Pero el pensamiento me vino con mucha fuerza: "¿Hay alguna vía de escape?" "No", dije; "he hecho muchísimos propósitos. He hecho todo lo que pude para mantenerme alejado de la bebida, pero no puedo. Es imposible".

"Justo en ese momento vinieron a mi mente las palabras de la propia Palabra de Dios, palabras que no había recordado desde que era un muchacho: «Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible» (Mateo 19:26). Y entonces vi, en un instante, que aquello que acababa de admitir, como había hecho cientos de veces antes, que era una imposibilidad, era precisamente lo que Dios se había comprometido a hacer, si yo acudía a Él. Todas las dificultades se levantaron en mi camino: mis compañeros, mis circunstancias de todo tipo y mis tentaciones; pero simplemente levanté la vista y pensé: "Es posible con Dios". "Me arrodillé allí mismo, en mi habitación, y comencé a pedirle a Dios que hiciera lo imposible. Tan pronto como oré a Él, con voz muy balbuciente (no había orado en casi tres años), pensé: "Ahora sí, Dios me ayudará". Me aferré a Su verdad, no sé cómo. Pasaron nueve días antes de que supiera cómo,⁷ y antes de que tuviera alguna seguridad, o paz y descanso para mi alma. Me levanté, allí mismo, con la esperanza de que Dios me salvaría. Lo tomé como verdad, y finalmente lo comprobé; por lo cual alabo a Dios.

»Pensé que lo mejor que podía hacer sería ir a buscar a alguien para que hablara conmigo acerca de mi alma, y me dijera cómo ser salvo; porque era un completo pagano, aunque me habían criado tan bien. Salí y busqué por Londres; y esto demuestra lo poco que conocía de la gente religiosa y de los lugares de culto, que no pude encontrar una capilla wesleyana. Mi madre y mi padre eran wesleyanos, y pensé que encontraría un lugar que perteneciera a su denominación; pero no pude. Busqué durante una hora y media; y esa noche estuve en la más absoluta y abyecta miseria de cuerpo y alma que cualquier hombre pueda imaginar o concebir.

»Llegué a mi alojamiento, subí las escaleras y pensé para mí mismo: "No me iré a la cama hasta ser salvo". Pero estaba tan enfermo por la bebida (no había tomado mi cantidad habitual de alimento en la noche), y la reacción fue tan tremenda, que sentí que debía irme a la cama (aunque no me atrevía), o estaría en una condición muy grave por la mañana.

»Sabía cómo estaría por la mañana, pensando: "¡Qué tonto fui anoche!", cuando despertara moderadamente fresco, y me fuera a beber de nuevo, como

había hecho a menudo. Pero de nuevo pensé: "Dios puede hacer lo imposible. Él hará aquello que yo no puedo hacer por mí mismo". Y oré al Señor para que me permitiera despertar más o menos en la misma condición en que me había acostado, sintiendo el peso de mis pecados y de mi miseria. Entonces me dormí. Lo primero en la mañana, tan pronto como recordé dónde estaba, pensé: "¿Me ha abandonado la convicción?" No; estaba más miserable que antes, y (aunque parecía extraño, era natural) me levanté y di gracias al Señor porque me había mantenido ansioso por mi alma.

»¿Alguna vez se han sentido así? Quizás después de alguna reunión o conversación con algún cristiano, o de leer la Palabra de Dios, han ido a su habitación miserables y "casi persuadidos".

Continué durante ocho o nueve días buscando al Señor. El sábado por la mañana tuve que ir a contarles a los oficinistas. Eso fue difícil. Lo hice con las lágrimas rodando por mis mejillas. A un hombre no le gusta llorar delante de otros hombres. De todos modos, les dije que quería llegar a ser, y que tenía la intención de llegar a ser, un cristiano. El Señor me ayudó con esa promesa: «Para Dios todo es posible» (Mateo 19:26).

"Un escéptico bajó la cabeza y no dijo nada. Otro compañero, con quien jugaba al billar, dijo: "¡Ojalá tuviera yo el valor para decir eso mismo!" Mis palabras fueron recibidas de una manera diferente de lo que pensé que serían. Pero el mismo hombre que me había dicho que me estaba matando con la bebida, pasó una hora y media tratando de lograr que yo bebiera, diciendo que yo "tenía melancolía y estaba de mal humor; y que un vaso de brandy o de whisky me haría bien". Trató de lograr que yo bebiera; y al final me volví hacia él y le dije: "Recuerdas lo que me dijiste; estoy tratando de alejarme de la bebida, y de no volver a tocarla". Cuando pienso en eso, me vienen a la mente las palabras de Dios mismo: «Las misericordias de los impíos son crueldades» (Proverbios 12:10).

"Y ahora el Señor me fue atrayendo hasta que el hilo se convirtió en un cable, por el cual mi alma pudo sostenerse. Él me acercó más, hasta que descubrí que Él

era mi Salvador. Verdaderamente Él es "poderoso para salvar hasta lo sumo a todos los que por Él se acercan a Dios". "No debo olvidar decirles que me postré ante Dios en mi miseria, mi impotencia y mi pecado, y le confesé que era imposible que yo fuera salvo; que me era imposible mantenerme alejado de la bebida; pero desde esa noche hasta este momento, nunca he tenido el más mínimo deseo de beber.

»Fue una lucha muy dura, ciertamente, dejar de fumar. Pero Dios, en Su gran sabiduría, sabía que yo habría llegado a la ruina si hubiera tenido que luchar solo contra el deseo abrumador que tenía por la bebida; y Él quitó también ese deseo por completo. Desde ese día hasta hoy, el Señor me ha mantenido alejado de la bebida, y ha hecho que la aborrezca amargamente. Simplemente dije que no tenía fuerzas; ni las tengo ahora; pero es el Señor Jesús quien "es poderoso también para salvar hasta lo sumo a los que por Él se acercan a Dios".

"Si hay alguien que me esté escuchando que haya perdido toda esperanza, ¡venga al Salvador! Ese es Su nombre, porque «Él salvará a Su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21). Dondequiera que he ido, desde entonces, lo he encontrado como mi Salvador. ¡Dios no permita que yo me gloríe! Sería gloriarme en mi vergüenza. Es para mi vergüenza que hable así de mí mismo; pero oh, el Salvador es poderoso para salvar, ¡y Él salvará!

"Amigos cristianos, continúen orando. Ustedes pueden ir al cielo antes de que sus hijos sean traídos al hogar. Mis padres lo hicieron; y mis hermanas oraron por mí durante años y años. Pero ahora puedo ayudar a otros en su camino a Sion. ¡Alaben al Señor por toda Su misericordia para conmigo!

"Recuerden, «para Dios todo es posible» (Mateo 19:26). Y entonces pueden decir como San Pablo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13)».